

primer aliento de la vida; y, sin embargo, ni es la una ni es la otra. Es, sí, la violeta escondida de Nazareth; es el nardo oloroso que repartía en Belen sus aromas celestiales; es la incorruptible palmera á quien acariciaron las brisas del Egipto; es la Reina de lo grande, de lo hermoso, de lo perfecto; la rosa más fragante y más pura que vieron los Angeles y los hombres, rodeada de las punzadoras espinas de la Pasion. Emperatriz de los mártires, consuelo de los angustiados, corazon albergue de todo corazon affigido, Maria Santísima, que, habiendo soportado la soledad de *desamparo*, vuelve al monte de nuestra salud para realizar la soledad *de sacrificio*.

Madres de familia que me escuchais: si habeis pasado por la desgracia de perder uno de esos pedazos de vuestro corazon que se llaman hijos; si os habeis quedado sin el único que teniais, ó el que entre todos más amábais; si entrañables y afectuosas habeis agotado todos los recursos de solicitud y de cariño por prolongar una vida que se os escapaba de entre las manos; más todavia: si fuertes como la Macabea habeis tenido valor para verle expirar, acompañar su cadáver, coronar su sepulcro de siemprevivas, pronunciar un *¡adios!* que sólo sabe pronunciar una madre que pierde un hijo, y, por último, dejar aquella sepultura, decidme: ¿qué os ha sucedido cuando al volver á vuestra morada habeis encontrado el lecho dónde espiró, el vestido que se puso, la prenda que os dejó para memoria, ó lo que acaso fué indirectamente la causa de su muerte y de vuestro tormento? ¡Ah! ¿No me lo sabéis explicar? pues tampoco yo lo puedo comprender. El caso es que la Madre sobre todas las madres, la Madre de sentimientos más puros, más refinados y más verdaderos, sufre la soledad de sacrificio, porque ha tropezado con el ara de la redencion, con el altar de la expiacion, con el lecho ¡y qué lecho, Madre mia! dónde murió Jesus, y la presencia de aquel objeto es para su corazon mortalmente herido como un puñal que rasga de nuevo sus profundas heridas. «Maria, la pobre Maria, hablaba así San Bernardo, si no hace muchas horas estuvo al pié de la Cruz á ofrecer al Eterno Padre el sacrificio de su Hijo, ahora se encuentra al pié de la misma Cruz para ofrecer el sacrificio de sí misma, pero sola.»

Separémos la túnica de José de los ojos de Jacob; apartémos el cabello de Absalon de la presencia de David, pero dejemos un instante siquiera la Cruz en presencia de Maria, porque en esta hora y en esta soledad la Señora, por lo desamparada, presenta

la figura más interesante y más hermosa de todo el género humano. ¿Y qué es Maria Santísima, alegóricamente considerada, en pié, y abrazando y adorando aquel madero, esperanza ya de nuestra felicidad? Escuchadlo.

Hay en algunas de nuestras provincias un pajarito pequeño, pero tambien precioso: la oropéndola, llamado sin duda así por su color, que es de oro, y por la propiedad de tener su nido, y esto es lo que le hace notable, nó dentro ni sobre el follaje, sino suspendido de las ramas de un árbol. Símbolo peregrino de Maria conforme ahora la contemplamos, cuyo espíritu no puede limitarse á estar sólo en la Cruz, porque es de todo el mundo; y no puede faltar de la Cruz porque en ella está escrito con sangre que es su propia sangre, el doloroso catálogo de los sacrificios que ha consumado y de los que aún le falta que cosumar. Oropéndola Santísima, permítaseme dar este nombre á la Señora, Oropéndola Santísima, resignada como el que más y sola como ninguna; cuyo corazon tiene pendiente su nido del árbol que para ella produce tan amargos padecimientos, y para nosotros frutos de salvacion eterna. La solitaria como inocente Virgen cuya existencia depende ahora de la Cruz, cuyo amoroso martirio de más penetracion á su inteligencia, y que en aquel árbol todo lo vé, al cabo no vé nada, no vé más que lo que fué, lo que ya pasó, y esto la hace más angustioso lo presente. Si mira al cielo, oscuridad; si mira á la tierra, orfandad; si á lo léjos, nada; si de cerca, mucho ménos; la Cruz en su presencia, el sacrificio á su vista, la soledad en su corazon. Séala permitido respirar con libertad, porque una criatura tan sola como la Virgen bien lo necesita. Dejémosla que mueva sus lábios y reprenda nuestra insensibilidad con aquel doloroso quejido que arranca del fondo de su alma. *Ambulate filii, ambulate, ego enim derelicta sum sola.* «Andad, hijos, andad, yo estoy sola.»

Embarga mi entendimiento y mi lengua la grandeza de Maria Santísima en el misterio de su soledad; y tan es así, que me veo necesitado á preguntar con Jeremías: «¿Á quién compararemos á esta hija de Jerusalem? ¿Á quién igualarém os á esta Virgen, hija de Sion?» Ni os admire tampoco si esta pregunta queda sin contestacion. Maria ni tiene igual, ni tiene semejante: no podemos compararla á Dios porque no es Dios, y porque Dios es impasible; no podemos compararla con las criaturas porque está tan sobre todas ellas, que casi se aproxima al mismo Dios. Maria, en su triplicada soledad, es sólo comparable á sí misma. Al través de lágrimas muy elocuentes que asoman á sus ojos, los dirige aquí y

allí como buscando con fatigoso interés una cosa que se la ha perdido. Vá á terminar la soledad de sacrificio con el sacrificio de separarse del sacrosanto madero. Y es en vano que espesas tinieblas la oculten el camino que trajo Jesus, el mismo que Ella vá á emprender; en vano que piadosos personajes traten de ocultarla la huella de su divina planta, vestigio sagrado de esta jornada del Salvador; en esta Mujer que ama, y en esta Madre que sufre, de más alcance que los del semblante, son todavía los ojos del corazón. Susurra el viento, y el zumbido de los árboles extremece á Maria; al resplandor pálido de una estrella, vé en el suelo una gota, no más que una gota, de la sangre del Cordero, y la suya se hiela en las venas; deja el Calvario, y al aproximarse á la ciudad, percibe las bacanales sacrilegas con que se celebra el deicidio, y Maria muere, pero sin dejar de vivir. Acelera el paso; penetra en la casa del Evangelista amado; busca y nó encuentra, escucha y no oye, mira en rededor y extiende los brazos como pidiendo de caridad descanso, pero no es eso: en ese movimiento sublime, la desamparada Señora lo que nos dice es que ha llegado el momento más horrible de su padecer, porque está en la soledad de *temores y de recuerdos*.

¡Con qué fuerza de verdad y de sentimiento el Espíritu Santo dirige á Maria aquellas penetrantes palabras: *Magna est velut mare contritio tua*. «Tu aflicción es grande como el mar (1).» Nosotros miramos al mar, y el mar no cabe dentro de nuestra mirada: le medimos, y no damos con su latitud ni con su profundidad; le estudiamos, y al fin no podemos comprender lo que es el mar. El mar es inmensurable, es incomprensible. La soledad de la Virgen en esta última página, que es su complemento, es inmensurable, es incomprensible: sólo la pueden medir y comprender Dios que la permite y la Señora que la sufre. *Recuerdos y temores*: agudísimos puñales, templados en el crisol de la voluntad divina, y que á esa ciudad, que lo es de refugio universal, la tienen desierta, sin moradores y sin solemnidades: cuchillos que á esa Señora de las gentes, á esa Reina de todo lo que existe, la han dejado como viuda, más que viuda, porque está sola: cuchillos que á la Princesa de las provincias, á la Soberana de las gerarquías angélicas, la han reducido á la humilde condición de tributaria, porque Maria, en el último grado de su soledad, tributa á un Hombre-Dios

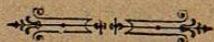
(1) Jerem. Thren., cap. II, v. 13.

muerto el homenaje de sentimiento, por la naturaleza humana, por la naturaleza angélica y por la naturaleza divina, si esta fuera capaz de sentimiento. *Recuerdos y temores*. Maria recuerda y teme: recuerda, creo yo, no tanto su Hijo, y la Pasión de su Hijo, y sus propios padecimientos, como otros hijos y otros padecimientos: teme, no tanto lo que falta de esta soledad, que es inexplicable, como otra soledad por que ha de pasar más sensible, más amarga, más insoportable: la primera es muy gloriosa; la segunda es injustificada, es innecesaria. Maria recuerda un pueblo y teme por otro pueblo: recuerda un pueblo á quien su ignorancia hizo infeliz, y teme por otro pueblo á quien su malicia hará acaso más desgraciado; recuerda un pueblo disperso, sobre cuya frente va, como signo de reprobación, la sangre de Jesucristo; y teme por otro pueblo llamado, que despreciará la sangre que por él se ha vertido. Maria recuerda el pueblo judío, y teme por el pueblo cristiano. ¿Lo habéis comprendido ya? Nosotros, pueblo mio cristiano, preciso es decirlo con humilde franqueza, nosotros aplicamos á los labios inmaculados de la Virgen la última hez, la hez más amarga del suplicio de su soledad.

El desvío, la indiferencia, el resfriamiento en el cariño, la ingratitude, en fin, es lo que hace más desgarradora la situación de una criatura que ha quedado sola, y sola por sacrificios de un amor inextinguible. Maria Santísima penetra en el abismo de sus perfecciones, en el abismo de sus virtudes, en el abismo de sus dolores; navega con una intrepidez como suya por el proceloso océano de su presente, de su pasado, de su provenir, y no halla más que soledad que la circunda, bien como la densísima y enlutada niebla que envuelve á toda la naturaleza. Está sola; y su soledad, que es continuación de los misterios del Calvario, es también continuación de las enseñanzas del Calvario: en su soledad enseña, y nosotros no queremos aprender. Al aceptar el vaso de mirra, al gustar su primera gota sobre el sepulcro de Jesucristo, sepulta su corazón, pero le sepulta sin destricciones, sin violencia, sin condiciones; para Maria, allí no hay cielo, ni tierra; ni sinsabores, ni placeres; ni vida, ni muerte: no hay otra cosa que conformidad, desprendimiento y resignación. Aquí nuestro desvío; aquí nuestra indiferencia, y aquí nuestro egoísmo; todo ménos sepultar nuestro corazón con Jesus; todo ménos dejar el mundo fuera del sepulcro con cuanto lo pertenece, para encerrarnos en aquella tumba; todo ménos acompañar á la Virgen y no hacer tan amarga su soledad.

Al buscar Maria de nuevo la Cruz, al renovar en su alma los

horrores del Gólgota, al consumir el sacrificio de sí misma, toda es voluntad, toda magnanimidad, toda fortaleza; cien hijos como Jesús hubiera acompañado al sacrificio por justificarnos que su cariño no disminuye. Y con este cariño se presenta en paralelo el resfriamiento de nuestro amor; cien Madres como María seremos nosotros capaces de dejar solas por no abandonar un sólo pensamiento, ni renunciar á uno sólo de nuestros apetitos, ni sacrificar una siquiera de nuestras pasiones. Al entrar la co-redentora del mundo, al retirarse desconsolada al ángulo más escondido de la casa de San Juan, como que para Ella ni hay ya Jesús, ni hay sepulcro, ni hay Calvario; no hay más que cristianos, y pecadores, y gracia, y virtudes, y mucha caridad. Por eso su soledad allí toma proporciones incalculables: es como aquellas tempestades del mar que principian con el sordo mugido de las olas, crecen y braman como las furias de los abismos y se levantan como montañas, llevando á su fondo las víctimas y la consternacion á las playas. Al frente, casi al lado mismo de esa misericordia con que nos brinda María Santísima, está nuestra ingratitud: cristianos en el nombre, pecadores en la realidad; muy necesitados de la gracia, pero muy despreciadores de la gracia; y cuanto con más misericordia nos llama la Virgen, parece que más nos apresuramos á volver las espaldas á la soledad de su corazón. ¿A dónde vamos á parar, católicos hermanos míos? Cada lágrima de sus ojos es un nuevo afecto; cada suspiro de sus labios brota una nueva virtud; cada latido de su pecho revela un nuevo sacrificio; y si con un solo pecado renovamos la Pasion de Jesús, con ese solo pecado renovamos también la soledad de María; si Jesús ha muerto por todos y por cada uno de nosotros, María está sola por todos y por cada uno de nosotros. Cuando dice: *Ego enim derelicta sum sola*. «¡Estoy sola!» nos lo dice á los cristianos. ¿Y nos desviarémos? ¿Lo escucharemos con indiferencia? ¿Nos entibiarémos en amarla, ó herirémos de muerte con el cuchillo de la ingratitud á la que es el aliento y la respiración de nuestra vida...? Recojámos; meditémoslo bien y acompañemos á María Santísima, porque en ello nos vá nada ménos que la felicidad en este mundo, y despues la salvacion y una corona de inmortalidad en las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XV.

Humildad de María Santísima.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Porque vió la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(S. Lúe., I, 48.)

Qui se exaltat, humiliabitur.

El que se ensalza, será humillado.

(S. Lúe., XIV, 11.)

QUÉDESE en hora buena, pueblo cristiano, para los superiores talentos que en alas de su saber se remontan hasta la region de los astros, el describir las grandezas de esos dos resplandecientes luminares, delicia y vida del mundo en el día y en la noche. Yo me dirijo á lo pequeño, impelido sólo por la admiracion que producen las obras de Dios; fijo mi consideracion en la estrella más diminuta y escondida, seguro de encontrar en ella un abismo de maravillas del Omnipotente.

Quédese para imaginaciones ardientes cantar, describir y analizar los empinados cedros y los frondosos álamos que levantan sus copas hasta las nubes, que dan sombra á poblaciones enteras, y que figuran en el gran libro de la naturaleza como una página de incomprensibles maravillas. Yo me detengo con placer delante de un pequeño arbusto que silencioso y retirado vive, sin que por eso publique ménos la gloria y la sabiduria del Supremo Hacedor.

Resérvense los poetas, absortos siempre en sus bellisimas concepciones, el derecho de cantar los matices y los aromas, la constitucion y la galanura, la reproduccion y los encantos de la reina de las flores, de la rosa de Alejandria, ó de la azucena plantada